

BIBLIOGRAFIA

DOM GASTON DEMARET (monje de Solesmes). — *Indulgences a l'usage de tous les fideles, suivies d'un Manuel de piété.* — 1 vol. de 11 × 16 cm; XII + 312 págs. — Pierre Téqui, 82 Rue Bonaparte. — Paris, 1940.

Este libro tiene dos partes. Las 60 primeras páginas exponen con claridad distribuida en cuatro artículos la doctrina de la Iglesia Católica acerca de la Comunión de los Santos; del Tesoro de la Iglesia; de las Indulgencias, y Cómo se lucran las Indulgencias.

El autor ha querido divulgar el contenido exacto de este vocablo. Es un servicio prestado a los fieles, ya que hoy, por desgracia, son contadísimos aquellos que tienen idea clara de lo que son las indulgencias y del modo de lucrarlas. Es uno de los muchos aspectos de la ignorancia religiosa.

Quien leyere atentamente esas 60 páginas verá como Nuestro Señor nos estimula a conservar y aumentar la pureza del alma facilitándonos con paternal prodigalidad los medios de satisfacer rápida y plenamente las deudas contraídas por nuestros pecados y de aliviar a las almas que sufren en el Purgatorio, al par que esta práctica de caridad aumenta continuamente nuestro capital espiritual o sea nuestra caridad para con Dios.

La segunda parte es una colección de oraciones y prácticas enriquecidas de indulgencias, en entera conformidad con las recientes decisiones de Roma. De acuerdo con ellas nos dice, por ejemplo, que con el piadoso ejercicio del Vía Crucis se lucra una indulgencia plenaria cada vez, y otra más, o sean dos indulgencias plenarias si se recibió la Sagrada Comunión aquel mismo día.

Deben pues rectificarse de acuerdo con lo que precede lo que dicen los devocionarios editados antes de 1937 sobre las muchas indulgencias plenarias con que está enriquecida la práctica del Vía Crucis.

Es esta indulgencia plenaria concedida al Vía Crucis una de las pocas que no exigen confesión ni comunión, cosa que se explica fácilmente.

Victor Cadillac, SS. CC.

Cte. J. DU PLESSIS. — *Le Sens de l'Histoire*. — Tome III: *Les Derniers Temps d'après l'Apocalypse*. — 1 vol. de 12 × 19 cm.; 446 págs. — París, Editions Tequi, s. a.

LUIS MORENO MORA. — *La Iglesia católica a través del Apocalipsis y de la Historia*. — 1 vol. de 15 × 22 cm.; 256 págs. — Quito, Editorial Ecuatoriana, 1939.

He aquí dos libros de valor desigual pero que pertenecen a una misma categoría, en cuanto aluden a un mismo punto de vista. En el primero, se nos dice que "la gran película de Cristo-Rey" (le Grand Film du Christ-Roi), es decir el Apocalipsis, "aparece netamente, en su conjunto, como una profecía histórica" (p. 23). En el segundo, el autor cierra su introducción con esas palabras: "Luminosa, fulgurante antorcha es el Apocalipsis, no obstante la profundidad de los misterios que guarda (!) para cuantos ansian sondear los destinos de la raza humana, contemplar su marcha dolorosa y vacilante, inquirir la hora que apunta el reloj del tiempo, abarcar en fin, en síntesis grandiosa y maravillante el pasado y el porvenir de la Iglesia: clave del universo, fuente de vida y progreso de las sociedades, los pueblos y las naciones, razón del mundo y la Historia" (p. 15 s.).

Así estamos advertidos que se trata en ambos libros de filosofía de la Historia y no de un comentario del Apocalipsis.

Sin embargo, el Conde du Plessis parece haberse iniciado a la exégesis moderna con la obra del P. Allo, a la que se refiere en muchos puntos. Pero su obra, de notable erudición, hubiera podido hacerse científica tomando en cuenta los datos que proporciona la crítica literaria, sin los cuales la perspectiva histórico-profética del apocalipsis no se puede comprender.

Teófanos Calmes, SS. CC.

ALEJANDRO O. DEUSTUA. — *Los sistemas de moral*. — Primer tomo. — 389 págs. de 24 × 17. — Lima, 1938.

Otra muestra de la admirable fecundidad intelectual y de la notable vocación filosófica del Dr. Alejandro O. Deustua, es, sin duda, este libro ampliamente documentado y claro, sobre "Los sistemas de moral".

Revisa el doctor Deustua, en el trabajo que motiva este comentario, los antiguos sistemas de moral y las doctrinas de numerosos pensadores que denomina independientes, sobre cuya obra realiza una crítica sutil y profunda, llena de interesantes observaciones.

El autor se refiere primero a la necesidad lógica de clasificar los diversos sistemas de moral y nos ofrece las principales divisiones de los mismos —a través de Wundt, Fouillée, Castellotto, Masci— resaltando sus méritos y sus vacíos, para decidirse por el estudio histórico que realiza, siguiendo las dos grandes corrientes: la moral del placer o de la felicidad, en la que el principio de la utili-

dad o del interés sirve de base, y el de la moral del deber, de la moral desinteresada, que condena la felicidad como fundamento de la conducta. La moral eudemonista hunde sus raíces en el pensamiento presocrático. "En Grecia, el ideal homérico es un ideal de felicidad adquirido por la armonía". Modelar la vida felizmente es el objeto de todo esfuerzo humano. Más tarde el sentido religioso que surge en Heráclito, espiritualiza esta concepción, como lo expresa Wundt, y nace un pensamiento moral diferente del pensamiento de sus predecesores que culmina en el racionalismo de Demócrito y en la concepción escéptica de los sofistas.

Traza después el Dr. Deustua los perfiles del sistema de Sócrates quien se detuvo en la región intermedia entre lo útil y lo bello, como exactamente lo expresa, para llegar a Platón y Aristóteles, cuyo eudemonismo fundado en las ideas de acto y de excelencia, como observa Ollé Laprun, es eminentemente racional. El eudomonismo evoluciona y se transforma ligeramente dentro de la doctrina de Epicuro y el sistema de éste, así como los rezagos que dejara en la antigüedad pagana, que desaparece con el pleno advenimiento del Cristianismo, vuelve, en occidente a renacer, entrada la edad moderna, con Hobbes, La Rochefoucauld, Spinoza, que sintetiza, según Guyau, esas corrientes al parecer antagónicas: la moral epicurea y la moral estoica, para extenderse posteriormente y llegar hasta el siglo XIX, por obra del pensamiento de Helvecio, Bentham, Stuart Mill, Darwin y Spencer, que marca el punto culminante de la moral inglesa del ochocientos.

Existen otros sistemas que, según el autor, pueden referirse al eudemonismo, porque tienen relación con la felicidad aun cuando esta no sea perseguida como fin directo e inmediato que justifique la moralidad. Cabe estudiar bajo este aspecto el pesimismo, el optimismo y el amoralismo de Nietzsche, que proclama como suprema razón de la vida el poder, para gozar plenamente con lo que hace, para ser feliz con la perfección misma de la actividad. Aunque la inspiración y el sentido del pensamiento de Nietzsche es mucho más amplio, quizá este aspecto de su doctrina, justifica su inclusión dentro de la corriente moral eudemonista.

Termina el Dr. Deustua la exposición de los sistemas morales que buscan en la felicidad el fundamento más elevado de la acción, con una crítica acertada del hedonismo y del utilitarismo cuyos supuestos psicológicos estudia, para demostrar que no deben constituirse como inspiradores de la conducta.

La denominada moral independiente comprende en el libro del Dr. Deustua, teorías de numerosos pensadores muchos de los cuales inspiran aún muchos de los capítulos de la filosofía contemporánea, como las de los que sostienen la moral biológica en sus diferentes aspectos y la moral sociológica cuyos más elevados representantes han sido Levy Bruhl y Durkheim.

Los diferentes sistemas morales que examina el Dr. Deustua, como todo estudio histórico de la disciplina de la conducta, bajo un leve fondo de escepticismo, destacan la necesidad de subrayar dentro de las morales, la moral, como lo expresa con exactitud el Padre Gillet, basada en principios necesarios, obligatorios y absolutos. Ni el placer, ni la utilidad, ni la vida, ni el sentimiento, ni el llamado ideal social reúnen esas condiciones. Como construcciones huma-

nas se desvanecen frente a las exigencias de la razón los sistemas que emergen de la vida y que, lógicamente, no pueden trascender de ella. El fundamento de la moral es mucho más elevado y, contrariamente a lo que piensan los eudemonistas de todos los tiempos, cuyo pensamiento analiza tan bien el Dr. Deustua, por el orden del deber cuyo fundamento es trascendente se explican las leyes de la conducta y de la acción.

Lima, mayo de 1940.

Mario Alzamora Valdez.

LUIGI STURZO. — *La Política y la Moral.* — 1 vol. de 21 × 14 ½ cm.; 211 págs. — Editorial Losada S. A. — Buenos Aires, 1940.

Don Sturzo, que fundó el Partido Popular Italiano en 1919 y que se halla desterrado de su patria desde 1924, ha publicado esta obra en Londres, lugar habitual de su residencia, en 1938, y la Editorial Losada nos ofrece hoy la traducción castellana que comentamos.

Divide su obra en once capítulos, a saber: Posesión y Poder; El Estado Totalitario; La Crisis de la democracia; Moral y Política en conflicto; La colaboración política y la moral; La caridad cristiana y la política; Germanismo y civilización cristiana; Pueblos oprimidos; El derecho del ciudadano en caso de guerra; El derecho de revuelta y sus límites: Roma y anti-Roma. En estos capítulos, cuyos títulos enuncian su contenido, estudia las diversas relaciones de la política y la moral. A veces olvida su condición de sacerdote en sus críticas injustas, pero doctrinariamente permanece dentro del pensamiento católico. Muchas de sus conclusiones están influenciadas por la pasión política que se sobrepone a la objetividad del escritor.

El primer capítulo sobre los conceptos del Poder es muy acertado; lo mismo se puede decir del consagrado al Totalitarismo. Al hablar de la Crisis de la Democracia estima que ésta aun no está suficientemente probada, pues —dice— apenas ha empezado a ensayarse, y no puede hablarse de crisis del sistema. Estima que es la mejor forma de gobierno, olvidando su base esencialmente individualista y generalmente anticristiana. Opone Democracia a Totalitarismo. Rechazamos esa antinomia. Ambos son igualmente anticristianos en sus extremos, pero tienen mucho de bueno que debemos aprovechar. La democracia es producto de una concepción atómica de la sociedad, que tanto daño ha ocasionado y es culpable de los extremismos que hoy imperan en el mundo. Olvidar esto significa no poder situar los fenómenos políticos del día. El marxismo es producto del liberalismo, su consecuencia natural. Iguala fascismo, nazismo y comunismo, lo cual tal vez es demasiado absoluto. Basta oír la opinión del Vaticano para ver que el mismo Santo Padre los distingue, ya que declara que uno (el marxismo) es intrínsecamente malo, con el cual no cabe colaboración alguna. Tan gravísima condena no ha caído sobre los otros sistemas, a pesar del paganismo que encierra el nazismo. La condena del racismo no implica la del régimen. Don Sturzo va más

allá que Pío XI y condena a todos estos regimenes por igual. Su anti-fascismo lo ciega y le hace perder la serenidad, requisito indispensable en el escritor.

El enjuiciamiento que hace Don Sturzo en su libro es acertado, salvo en los puntos anotados. Pero sus conclusiones, por este apasionamiento, son erradas. Carece de autoridad quien, como el autor, con toda su fuerza parlamentaria no pudo evitar el socialismo, a pesar de imitar sus métodos. Enjuicia la actitud de la Iglesia con serenidad, excepto cuando trata de su movimiento. Hubiera deseado que el Papa condenara al Fascismo. Sin embargo, en su último capítulo muestra mayor imparcialidad.

Corto se queda en su apasionamiento político al lado de las "Notas del Traductor" don Angel Osorio y Gallardo, quien se declara católico, pero sus afirmaciones y juicios dicen otra cosa. En una de sus "notas" lamenta que Azafia, cuyo elogio hace, no persiguiera a las órdenes religiosas, pues cree que así no hubieran podido declararse por Franco. Sus citas de la doctrina de la Iglesia son tendenciosas. Critica al Vaticano duramente con motivo de su actitud en la guerra española. Estimamos poco honesto intercalar largas notas en un libro, refutándolo o completándolo, pero siempre desvirtuando el sentido que quiso darle el autor.

Es un interesantísimo libro, que debe leerse con sumo cuidado, por los graves errores de apreciación que contiene, y sobre todo por las mal intencionadas notas del traductor.

D. García Rada.

EDUARDO MALLEA. — Historia de Una Pasión Argentina. — 1 vol. de 18 x 12 cm.; 220 págs. — Editorial Espasa-Calpe Argentina, S. A. — Segunda Edición. — Buenos Aires, 1940.

Eduardo Mallea nos muestra en este libro su idealidad fecunda, con la fiel traducción del sentir de una generación auténticamente argentina. Su pluma se mueve al compás de su afiebrada existencia en el esfuerzo agudamente doloroso de despojarse de las costumbres ficticias y seductoras de una Argentina falsa, superficial y puramente representativa. Busca con una inquietud que le atormenta, a su verdadera patria, aquella que vive la vida.

Las primeras expresiones de la obra pintan los recuerdos más lejanos: la bahía del Atlántico, las dunas cercanas, el nacimiento del amor al suelo patrio; su casa, la escuela; su familia, sus maestros y compañeros. Niño de once años apenas, admira y ama de manera entrañable al cirujano, ejemplo de austeridad, que es su padre. Más tarde va a la metrópoli, Buenos Aires. En otro nacer; la vida de la ciudad es distinta. Entra en la vida agitada de la capital con el entusiasmo de los catorce años. ¡Qué belleza la de las arterias! y ¡qué importancia la del cinematógrafo! Viene la época de todos: ¡qué ansias de vida intelectual! El espíritu inquieto traduce sus características en una renovación. Quiere ser escritor y busca nuevas formas literarias, sosteniendo disputas con los amantes de las reglas, con esos que no son jóvenes, no obstante pasar por la juventud. A esto pronto se agrega la angustia metafísica y de manera general

las grandes interrogaciones. Las pasiones por los libros se suceden; pasan en interminable procesión ideas de Blake, de Rimbaud, de Kierkegaard, de Nietzsche, de Novalis, de Holderlin, etc. El estudio de estos hombres despierta en el autor el deseo de hallar verdades superiores y va a San Agustín, San Ambrosio, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, etc.

Luego vuelve su vista a la Argentina: la busca desesperado; la analiza interesado y la encuentra en aquéllos que tienen conciencia, atentos sólo a un principio de autenticidad; en aquéllos para quienes la vida no es algo artificial, teatral, sino que viven la tragedia de la vida, es decir, que sienten la responsabilidad de su destino. Encuentra una enorme diferencia entre la Argentina visible y la Argentina invisible. ¿Cuál es la causa de que haya una Argentina artificial?, se pregunta el autor. Y él mismo se responde en agudas meditaciones: es que hay una entronización de los medios y un descuido de los fines. Y aquí el escritor argentino toca el problema de la época: el desorden en la tabla de valores.

En los capítulos posteriores Mallea relata sus observaciones de los viajes por el suelo querido. Se queja después de no poder señalar el verdadero camino a las almas sedientas de conocer la realidad de la patria. Lo único que ofrece es su inagotable fervor. Busca entonces el apoyo de otros hombres y aprovecha la estada en la Argentina de Waldo Frank. Se muestra indignado ante la teoría de Keyserling que afirma ser Hispano-América el mundo de la gana. Mallea aclarando sus expresiones, termina diciendo: "No culpo a este hombre. Era difícil que viera lo que es demasiado hondo y profundo para ser percibido al azar de una ojeada que se precipita".

Enfoca a continuación sus impresiones de Europa; pero lo interesante de este capítulo es su despertar, su revivir por América, ante el cuadro sombrío, de disolución en que se encuentra el viejo mundo. Si por algún tiempo se había adecuado su espíritu al arte pretérito de un mundo antiguo, ante el desastre presente vuelve sus ojos a este continente "cuyas multitudes marchan seguras de sí".

En el último capítulo del libro está la clave de la obra. De la visión en permanente vigila, de su mundo y del mundo viejo, el brillante escritor argentino encuentra la idea fundamental, el método admirable de hallar a la verdadera Argentina y lanzarla hacia su destino. La exaltación severa de la vida es el título de su concepción y ésta consiste en despojarse de todo, en desterrarse, para volver con los valores debidamente jerarquizados y marchar hasta las últimas fronteras de lo humano; pero que cada argentino conquiste sus territorios espirituales, y de la unión de estos surja el territorio espiritual de la Argentina.

Julio Vargas Prada.

ALBERTO GRIDILLA, O. F. M. — *Ancash y sus Antiguos Corregimientos*. — Tomo I. — *La Conquista*. — 1 vol. de 13 × 19 cm.; 475 págs. — Editorial La Colmena, S. A. — Arequipa, 1937.

Entre los estudios últimamente aparecidos sobre historia nacional, el realizado por el Padre Alberto Gridilla se distingue como uno de los de mayor im-

portancia. La obra que anoto se titula "Ancash y sus antiguos corregimientos". De ella ha salido a luz tan solo el tomo primero: "La Conquista". Este volumen se concreta principalmente a bosquejar la realidad histórica americana, desde los orígenes del descubrimiento del continente hasta las más viejas fundaciones en el departamento de Ancash, pasando por las grandes vicisitudes de la conquista. El criterio que informa la obra es sereno y de ponderada justicia, se aleja de la saña anti-española y al mismo tiempo no es hostil a todo lo importante y grande legado por la civilización aborígen.

Basándose en las fuentes primitivas, cronistas, manuscritos de archivos y variados documentos, el Autor lleno de nueva información, recorre y describe los sucesos básicos del siglo XVI en todo lo más saltante que para el Perú aportaron esos años.

El libro que comentamos, sin ahondar la realidad fundamental de América, consigna los hechos y acontecimientos capitales. Así vemos en resumen animado, un verdadero cuadro de conjunto que abarca desde las Capitulaciones de Colón con los Reyes Católicos y las primeras incursiones de Andagoya y otros prolegómenos de los descubrimientos, hasta la gran gesta de Pizarro y las diversas campañas empeñadas en suelo peruano, por sus compañeros los Conquistadores.

Páginas muy interesantes están destinadas a investigar la ascendencia de los indios y al examen de su propia personalidad social, según las opiniones de los principales cronistas, entre otros Herrera y Lizárraga. Sus instituciones, obras y civilización, están analizadas con certero y noble propósito de llegar a la verdad sin exageraciones desorbitadas, ni injustos menoscabos.

Dedica el Autor párrafos muy importantes a la labor evangelizadora realizada en América por las diversas órdenes religiosas y sobre todo estudia, a un sacerdote de acción singular y trascendente: el Padre Marcos de Niza, el cual hasta hace poco había pasado inadvertido, porque los historiadores coetáneos, lo dejaron casi en olvido.

A Pizarro le consagra un capítulo en que enfoca su personalidad desde el ángulo más noble y gallardo que refleja esta vida. Reproduce en apoyo de sus opiniones un artículo lleno de elocuencia que Raúl Porras B. publicara en 1935 sobre la muerte de Atahualpa y su Juez principal.

Después del panorama general de la historia peruana en el siglo XVI, se circunscribe la obra a lo categórico y al propósito primordial de su estudio, es decir, al territorio de Ancash. Su prehistoria, la conquista de Pachacutec y el fin del imperio, son los puntos esenciales que trata, antes de llegar a la discriminación de las primeras noticias escritas que existen sobre este departamento. Los viajes de los españoles en el Callejón de Huaylas, las incursiones en la costa yunga y sobre todo la documentación de las dos visitas realizadas al norte del Perú por nuestro gran Arzobispo Santo Toribio de Mogrovejo, están tratados en este libro con singular detalle y gran acopio de datos. Ellos son de alta trascendencia y dan intensa luz para reconstruir la vida económica, religiosa y social en los Corregimientos de Huaylas, Santa y Conchucos.

Hay cifras interesantísimas en la estadística que ha legado minuciosamente el libro de Visita Pastoral, que en 1594 realizara Santo Toribio a las provincias de Ancash, Trujillo y Cajamarca. Entre las de carácter económico, aparece el gran impulso de la industria textil en los Corregimientos de Conchucos y Huaylas en los primeros años de la Conquista. Los obrajes y las fábricas de tejidos eran numerosos. De los tornos de hilar y de los telares salían paños y frazadas, cordellates, sayales, alfombras, jergas, tocuyos y bayetas.

Estas fábricas perfectamente organizadas, bajo la dirección generalmente de un español, tenían secciones de hilanderos, de indios tejedores y entre los varios oficios que allí se ejercitaban se citan los de imprimidores, embarradores, leñateros, percheros, tintoreros, labradores y tundidores.

Las enumeraciones que consigna el Padre Gridilla en su obra, no vienen sino a confirmar los resultados evidentes de la legislación protectora que dió España para la industria textil en América. Felipe II en setiembre de 1565 expidió una Real cédula que ordenaba que en las fábricas de paños de Indias se guardasen las leyes y pragmáticas de los Reinos de Castilla. Esta ley aparece en la Recopilación de Indias, Libro IV, Tit. 26, Ley 3a.

Ancash y sus antiguos Corregimientos del Padre Gridilla, es obra que enriquece el acervo de nuestros anales, con pormenores nuevos, interpretaciones oportunas y honradas y que, especialmente, para el panorama local del norte del Perú, es de indiscutible trascendencia, tanto por ser pocos los estudios que sobre esta región se han realizado, cuanto y porque además, ellos arrojan claridad muy viva sobre problemas apenas sí ligeramente vistos y no tocados por la crítica y la investigación histórica durante el lapso de algunos siglos.

Manuel Moreyra P. S.

MAURICE BOMPARD. — *Mon Ambassade en Russie. 1903-1905.* — 1 vol. de 14 × 23 cm.: xlix + 335 págs. — Paris, Librairie Plon, 1937.

Maurice Bompard fué Embajador de Francia en San Petersburgo de 1903 a 1908. Muerto en 1935, el libro al que está consagrada esta nota apareció en 1937, narrando sucesos acaecidos treinta años atrás: nunca pudo tener, pues, un carácter de actualidad; y creo que eso me autoriza también a consagrarle un comentario que de otro modo podría parecer algo tardío.

No debe buscarse en el libro del Sr. Bompard ni un cuadro de conjunto de la vida rusa a comienzos de nuestro siglo, ni siquiera el relato, que pudiera ser muy interesante, de las intimidades de la vida diplomática, o la revelación de los entretelones de cuanto aconteció en Europa y Asia en aquellos años. El antiguo Embajador de Francia ha escrito en cambio trescientas farragosas páginas en que acumula cuanto incidente, cuanta observación, cuanto chisme pueden hacer daño a ese país que le hospedó por cerca de un lustro, a sus instituciones y a sus hombres. Lo único que vemos en este libro escrito sin cordialidad y sin nobleza, son las vacilaciones del Emperador, las supersticiones de la Emperatriz, el servilismo de los cortesanos, la baja de los Ministros siempre dispuestos a pasar por mil

indignidades con tal de conservar su puesto, la inepticia de la burocracia, la incompetencia de los diputados a la Duma, los atentados de los anarquistas, las tenebrosas maquinaciones de la policía, el atraso de los campesinos. En su afán por denigrar, el autor cuenta, fuera de lugar y de tiempo, cosas que ocurrieron cuando ya él no estaba en Rusia; pero ¿cómo iba a desperdiciar esos elementos tan útiles para desprestigiar a una nación y a sus hombres?

Ni una palabra sobre los leales esfuerzos de los dirigentes de aquel inmenso país por acercarse a la justicia social; ni una referencia a las enormes dificultades que estorbaban la entrada de Rusia en el camino de las naciones occidentales; ni una alusión a tantos nobles rasgos que serían timbre de honor para cualquier pueblo — Kuropatkin pidiendo un mando subalterno para batirse por su patria y por su Emperador, al ser relevado del comando en jefe del ejército de la Manchuria; Stolypin bendiciendo al Zar con la mano temblorosa en el momento de morir asesinado en un teatro: ... —; ni una mención siquiera de algunas de las personas de quienes el Sr. Bompard estaría seguramente obligado a conservar un recuerdo de amistad o de gratitud! Los prodigios que el genio ruso ha realizado en los últimos cien años en los campos de la ciencia, de la literatura, del arte, no han sido bastantes para arrancarle algún comentario a este observador acerbo e injusto. Yo comprendo muy bien que un pobre Embajador haya podido vivir en Rusia a principios de nuestro siglo sin darse cuenta ni de que existían, y mucho menos de que pensaban, Pavlow, Liapunoff, Markoff, Bechtereve, Fedoroff, Galitzin, Lebedeff; pero no comprendo con igual facilidad que haya ignorado tan enteramente a Tolstoy, a Gogol, a Gorki; y me parece inconcebible que no se refiera por lo menos alguna vez e incidentalmente, así sea sólo por snobismo, a esas maravillosas manifestaciones del alma eslava, la música y la danza.

Y no se crea que el Sr. Bompard odiaba y despreciaba al antiguo régimen ruso por razones ideológicas, pues igualmente denota haber odiado a los revolucionarios. Sólo tres personas parecen haberle merecido por lo menos algo de aprecio en Rusia: Witte, Stolypin, Isvolski. Y en su propio país, el único a quien elogia de vez en cuando es... Delcassé! Que fué, por lo demás, quien lo mandó de Embajador ante el Zar (1). Y dice algo que verdaderamente espanta, y constituye un indicio de lo que puede valer el actual régimen republicano de Francia: cuenta que Delcassé consideraba a Rouvier, Presidente del Gabinete, como un traidor a la Patria; y esto, no en términos de exageración, ni porque le pareciera que alguna medida de política interna del Premier podía debilitar a Francia o minar su prestigio; no: Delcassé consideraba a Rouvier traidor a su patria, porque estimaba que sólo un traidor podría haber conducido como él lo hizo las

(1).—Ya son muy pocos los que creen que Delcassé — *notre grand homme d'état*, como lo llamaba la propaganda francesa — era realmente un hombre de alto valer. Era en verdad una figura mediocre, genuino producto de la política, a quien una gran nación entregó sus destinos internacionales. Ahora que las necesidades de la propaganda han desaparecido, todos están de acuerdo en asignarle su justo, modestísimo lugar.

negociaciones con Alemania a propósito de Marruecos, a raíz del célebre desembarco del Kaiser en Tánger. También son escalofriantes las referencias del Sr. Bompard a la venalidad de la prensa francesa (!...).

El libro del Sr. Bompard no es sereno; no es justo; algo más: no es agradable. Resulta incomprensible que este hombre haya esperado llegar al final de su vida para acumular tantas cosas amargas contra un grande y noble país, leal aliado del suyo propio, y que precisamente estaba soportando el infortunio de la tiranía bolchevique, cuando ya habían desaparecido los personajes a quienes trató, los que habrían podido aportar una respuesta, una rectificación o un desmentido a tantos pasajes de su obra. Y si ésta fué escrita a poco de su permanencia en San Petersburgo, no se comprende cómo pudo guardar sus originales tanto tiempo, sin sentir alguna vez el redentor impulso de destruirlos. La viuda del Sr. Bompard ha cometido un error al dar este libro a la estampa: habría debido conservarlo inédito, en interés de la memoria de su marido.

Cristóbal de Losada y Puga.